





**ANDRÉS BELLO**  
**LIBERTAD**  
**IMPERIO**  
**ESTILO**

**JOAQUÍN TRUJILLO SILVA**



EDITORIAL RONEO  
SANTIAGO DE CHILE

—

DICIEMBRE DE 2019





*Andrés Bello: libertad, imperio, estilo*

Joaquín Trujillo Silva

Con la colaboración de Domingo  
Martínez y Camilo González



© Editorial Roneo

© Joaquín Trujillo Silva

Primera edición: noviembre de 2019

Publicado con el apoyo del Centro  
de Estudios Públicos (CEP)

ISBN 978-956-09383-1-2

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser  
reproducida sin la autorización de los editores.

Dirección de diseño y portada: Constanza Diez

Edición a cargo de Cristóbal Carrasco.  
Participaron en la corrección de este  
libro Nicolás Vargas, Carolina Illino,  
Matías Cerda y Constanza Diez.

[www.roneo.cl](http://www.roneo.cl) | [info@roneo.cl](mailto:info@roneo.cl)

Santiago de Chile

**RONEO**

**CEP**  
CENTRO DE ESTUDIOS PÚBLICOS





A cada cual se le ha encomendado la custodia de varias  
vidas, y ¡ay de quien no encuentre las que debe custodiar!  
¡Ay de quien custodie mal las que ha encontrado!

ELIAS CANETTI, *El libro contra la muerte*







## DRAMATIS PERSONAE<sup>1</sup>



### ROJOS

*Radicales, revolucionarios, pipiolo, republicanos, demócratas,  
federalistas, volterianos, americanistas, progresistas, liberales, ateos,  
desmesurados y románticos de izquierda.*

JEAN-JACQUES ROUSSEAU  
VICTOR HUGO  
LORD BYRON  
RAMÓN FREIRE  
FRANCISCO ANTONIO PINTO  
JAVIERA CARRERA  
JOSÉ JOAQUÍN DE MORA  
DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO  
JOSÉ VICTORINO LASTARRIA  
FRANCISCO BILBAO  
JOSÉ MIGUEL INFANTE DE ROJAS  
MANUEL BILBAO  
JACINTO CHACÓN  
JUAN BELLO DUNN  
VICENTE FIDEL LÓPEZ  
MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI  
GREGORIO VÍCTOR AMUNÁTEGUI  
EUSEBIO LILLO  
DIEGO BARROS ARANA  
BENJAMÍN VICUÑA MACKENNA

---

<sup>1</sup> Este es un muy grueso esquema para orientar al lector en las tendencias políticas de los autores y personajes de Chile y el mundo mencionados en este libro. Su lectura confirmará algunos casos, hará repensar otros y tensionará los más.





## AMARILLOS

*Combinatorios, bonapartistas, autoritarios, eclécticos, neoclasicistas, moderados, indulgentes, abajistas, reformistas graduales y escépticos.*

JOHANN WOLFGANG VON GOETHE

NAPOLEÓN BONAPARTE

ALEXANDER VON HUMBOLDT

LUIS FELIPE DE ORLEANS

SIMÓN BOLÍVAR

FRANCISCO DE MIRANDA

JOSÉ MARÍA BLANCO WHITE

FRASQUITA LARREA

JOSÉ JOAQUÍN PRIETO

MANUEL BULNES

MANUEL MONTT

DIEGO PORTALES

ANTONIO VARAS

ANDRÉS BELLO

JUAN EGAÑA

MARIANO EGAÑA

MANUEL DE SALAS

MERCEDES MARÍN DEL SOLAR

CARLOS BELLO BOYLAND

MANUEL NICOLÁS CORPANCHO

MANUEL ANCÍZAR

JOSÉ MARÍA GUTIÉRREZ

DOMINGO AMUNÁTEGUI SOLAR

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI REYES

JOAQUÍN EDWARDS BELLO





## AZULES

*Conservadores, reaccionarios, contrarrevolucionarios, nobles,  
alarmistas, pelucones, católicos, monárquicos, buenas personas,  
restauracionistas, hispanistas y románticos de derecha.*

FRANÇOIS-RENÉ DE CHATEAUBRIAND

LUIS XVIII DE FRANCIA

CARLOS IV DE ESPAÑA

FERNANDO VII DE ESPAÑA

CARLOS X DE FRANCIA

KLEMENS VON METTERNICH

JUAN NICOLÁS BÖHL DE FABER

MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO

FRIEDRICH KARL VON SAVIGNY

DR. JUAN FRANCISCO MENESES

MANUEL VICUÑA

JOAQUÍN LARRAÍN GANDARILLAS

IGNACIO DOMEYKO

FRANCISCO ANTONIO ENCINA

JAIME EYZAGUIRRE









## INTRODUCCIÓN



### ANDRÉS BELLO, EL VIEJO BÚHO CONSEJERO

#### ¿QUIÉN FUE BELLO?

Andrés Bello fue un poeta venezolano nacido en Caracas en 1781, durante la época de la llamada Ilustración española, cuando regía el Imperio el rey Carlos III, y Caracas disfrutaba de espléndidas puestas de sol, florecían los papayos, los cafetales aromatizaban las noches y los felinos y serpientes habían sido apartados de las tertulias en que se leía a los genios del Siglo de las Luces. Un tiempo en que, además y como si esto no bastara, se recibía en gloria y majestad al sabio mundial Alexander von Humboldt, que por entonces redescubría el nuevo mundo bajo la refinada óptica del espíritu alemán.

Hijo de un músico y cantante de la catedral, y nieto de un pintor que había retratado a la alta sociedad, Bello estudió gramática y latín en un convento, luego Ciencias Naturales en la Universidad Real y Pontificia de Caracas, pero con la muerte de su padre se vio obligado a discontinuar y desertar de sus estudios, reclutándose como funcionario de la Corona en Caracas. Pero no por eso abandonó la poesía. A sus tempranas traducciones de Virgilio y Voltaire pudo añadir sus primeras grandes composiciones. La ocasión vino cuando una epidemia de viruela diezmó Caracas. Llegó a la ciudad una expedición real portando la vacuna y se estableció una Junta Central de la Vacuna, en la cual Bello operó como funcionario. Fue entonces cuando la peste y el antídoto le





inspiraron una oda a la vacuna y una pequeña obra de teatro titulada “Venezuela consolada”, verdaderos cantos elegíacos que se combinaron con las danzas y los banquetes que la multitud creyente en los beneficios de la ciencia ofreció en gratitud al Rey y al remedio.

Pronto la vida que Bello llevaba en Caracas, bajo el poder de un monarca benefactor, se vio empañada. Los acontecimientos europeos se hicieron notar. Napoleón apresó al nuevo rey, Fernando VII,<sup>1</sup> y por toda América española proliferaron juntas de gobierno para sustituir momentáneamente al monarca. Caracas iba a la cabeza. En este instante de los líderes venezolanos, Simón Bolívar se ve en la acuciante cuestión de conseguir apoyo de Gran Bretaña. Viaja a ella el año 1810 y como secretario lo acompaña Andrés Bello. Posteriormente, Bolívar abandona Gran Bretaña para continuar sus luchas en América, y Bello se queda esperando otros encargos de su nuevo amo, como también su salario. Pero los primeros llegan pocos y el segundo casi nunca.

Entre tanto, Napoleón se había hecho coronar emperador, había derogado el Sacro Imperio Romano Germánico y salido a conquistar Rusia. Este último paso le jugó en falso y fue finalmente derrotado en Waterloo, allá por 1815. El rey Fernando VII fue repuesto en su trono y todas las juntas americanas se vieron en aprietos, pues muchas de ellas habían comenzado a disfrutar del reciente orden propuesto —o mejor dicho, predispuerto— por Napoleón.

En este contexto, Bello se hacía cada vez más pobre. Vivía en un barrio bajo, como de Charles Dickens, y concurría al abrigo de las estufas de la Biblioteca del Museo Británico, en donde comenzó a leer, tomar notas y estudiar de forma autodidacta. Por ese tiempo, ya en el año 1814, se casó con la humilde Mary Ann Boyland, tuvo con ella tres hijos, y se mantuvo por años consiguiendo trabajos esporádicos

---

1 El rey Carlos IV cedió al emperador Napoleón “todos sus derechos al trono de España y de las Indias”. Su hijo Fernando VII, prisionero que reza el rosario, monta a caballo y mata el tiempo bordando, solicita a Napoleón que lo adopte como hijo suyo, declarándole: “Yo me creo merecedor de esta adopción que verdaderamente haría la felicidad de mi vida”. Considérese que Fernando VII no había leído a Hegel, quien escribió de Napoleón “hombre extraordinario, a quien era imposible no admirar”, y que en lo que tanto él como su padre no cedieron fue en no admitir a protestantes ni a infieles en España. Ver Cosca Vayo (1842, p. 242) y la célebre carta de Hegel al Caballero de Niethammer, en Buck-Morss (2009, p. 20).





como amanuense, como corrector, como tutor de niños aristocráticos indomesticables, yendo y viniendo entre la niebla de Londres, despedido a veces y fracasado.

Consiguió trabajo en la legación de Chile en Londres. La legación se reducía a un guatemalteco, Antonio José de Irisarri, que aunque encargado por los chilenos, era mirado con recelo. Por eso, para en parte revisar los asuntos chilenos en manos de Irisarri, llegó a Londres desde Chile Mariano Egaña, a quien Irisarri odiará y llamará “Don Legaña”.

Del lado de su amigo guatemalteco, Bello será malmirado por Egaña, que pensaba “dime con quién andas...”, pero esta sabiduría tuvo que sufrir una excepción porque Egaña vio genuino talento en Bello y decidió convertirse en su cazatalentos, excluyendo a Irisarri del trío.

Así, después de un par de intentos desesperados por abandonar Londres con destino a cualquier parte, Andrés Bello, y lo que quedaba de su familia, fueron invitados a largarse al fin del mundo. Egaña le consiguió un trabajo en Chile y Bello aceptó, en 1829. Contaba ya casi cincuenta años en 1831 —una edad superior a la esperanza de vida de por entonces—, tras enviudar, se había vuelto a casar con Elizabeth Dunn y tenía cuatro hijos de ambos matrimonios, dos Bello Boyland y dos Bello Dunn (Juan Pablo, uno de los Bello Boyland había muerto a los meses de nacer).

Al enterarse del viaje, Bolívar le envió una de sus célebres cartas, en la cual el titán reclamaba la continuidad en Londres de su olvidado secretario. Pero para cuando la carta llegaba, Bello y su familia iban cruzando el Atlántico con destino a Valparaíso.

Al momento de recalar en Chile, Bello había escrito sus trabajos de Caracas, dos silvas famosas en revistas hispanoamericanas en Londres, una propuesta de radical reforma ortográfica y algunas reseñas y artículos de divulgación científica y artística en dichas revistas que editaba con su amigo Juan García del Río. Es ahora cuando Bello comienza a publicar sus grandes libros que tenía guardados o a medio escribir, a escalar en la escalable sociedad chilena, a hacerse imprescindible, a traducir y arreglar para el teatro local. Sus libros se contarán por docenas y sus artículos por centenares, y entre ellos se contarán el más importante tratado sobre Derecho Internacional publicado a la fecha, la gramática más importante de la lengua castellana, y su obra





cúlmine, el *Código Civil* de la república de Chile, que ha sobrevivido a guerras civiles, revoluciones, constituciones, golpes de estado, tomas universitarias y abogados exitosos. Bello será, además de senador durante tres periodos, el rector fundador de la Universidad de Chile, y continuará escribiendo poesía, textos políticos y educacionales, artículos de divulgación científica, hasta su muerte, a los 84 años, sin apenas haber tomado vacaciones. *El Araucano*, periódico que hoy se conoce como *Diario Oficial*, fue el medio escrito a través del cual Bello durante décadas condujo los destinos de la opinión pública chilena.

Como si esto fuera poco, el viejo fracasado llegado de Londres forjará en Chile una pléyade de discípulos que se diseminarán por variadas áreas del espíritu, los que, para gloria suya, serán críticos del maestro, no meros adláteres, repetidores o suaves contradictores, que es lo que suele ocurrir en los chascos académicos. Sin embargo, todos los hijos espirituales que ganó Bello en Chile, los perdió en hijos carnales: uno murió en Londres en 1821 y otros siete murieron en el curso de treinta años desde que llegara a Santiago. No se sabe cómo logró hacer tanto mientras la muerte entraba y salía hasta hartarse de su casa.

La segunda presencia de Bello en América no se reducirá a un buen trabajo. Lentamente, se convirtió en el símbolo de una manera de ser, de una república moderna, y especialmente, se verá en él a un padre fundador, es más, a un articulador de tantas tendencias que parecían del todo incompatibles. De él, de esa historia, de ese símbolo y de la república que fundó, habla este libro.

## DOS REINADOS

Observando fijamente el dinero chileno, puede verse que las monedas y billetes son habitados principalmente por héroes militares. Hay, sin embargo, dos excepciones, más una tercera, tímida y tardía presencia eclesiástica. Y es que puede decirse que en lo que va de la historia de la república de Chile han existido dos grandes reinados; reinados literarios, por supuesto. Uno en el siglo XIX, el otro en el XX. En el primero rigió un rey; en el segundo, una reina. Uno fue un extranjero; la otra, una autoexiliada cosmopolita, una reina viajera. Ambos





fueron desdeñados, insultados, menoscabados, escupidos, pero por su estilo universal, su desplante moderado, su modo ante todo plural, inclusivo, adverso a lo unilateral, acabaron, a la larga, resumiendo mejor las afinidades de la gente común de sus respectivos siglos. Son monarcas porque responden a esa antiquísima concepción ecuménica del mundo. Uno fue Andrés Bello; la otra, Gabriela Mistral. Ambos funcionarios del Estado de Chile, y particularmente de su cancillería. Ambos, formadores de la juventud, aduanas espirituales, en una palabra, pedagogos, o para decirlo mejor, poetas de la amplitud emotiva, como dirá T. S. Eliot acerca de Dante.

Ni de José Joaquín de Mora, ni Diego Faustino Sarmiento, ni José Victorio Lastarria, en el siglo XIX; ni de Vicente Huidobro, ni Pablo Neruda, ni Nicanor Parra, en el XX, puede decirse lo mismo. Estos fueron grandes barones, jefes partisanos. Presidente (Sarmiento), parlamentarios (Lastarria, Neruda), rey-mendigo (Nicanor Parra), candidatos presidenciales (Neruda, Huidobro). Todos nobleza enemiga del triste y cotidiano asunto común.

“Pero ninguna ha sido reina”, escribió Mistral y agregó que había conseguido un reino “en las lunas de la locura”.<sup>2</sup> Lo cierto es que ella fue toda cordura. En su poesía se ha revelado, contra muchas corrientes contrarias, que la poesía es a veces más que el delirio, y que puede ser el retorno a la cordura. En Bello el caso es todavía más evidente. Su poesía es el triunfo de lo comedido, su estilo es el de la república de actos regulares y constantes, el Estado adquiere sus modos, sus sentimientos son los de un soberano en que concurrían la calidad de rey y sabio. Se dice, no obstante, que esa identidad dejó

---

2 “Todas íbamos a ser reinas”, v. 59, en Mistral (1985, p. 89). Anotó Gabriela Mistral en este poema: “Esta imaginaria tropical vivida en un valle caliente, aunque sea cordillerano, tenía su razón de ser. El hacendado don Adolfo Iribarren —Dios le dé bellas visiones en el cielo—, por una fantasía rara de hallar en hombre de sangre vasca, se había creado, en su casa de Montegrande, casi un parque medio botánico y zoológico. Allí me había yo de conocer el ciervo y la gacela, el pavo real, el faisán y muchos árboles exóticos, entre ellos el flamboyán de Puerto Rico, que él llamaba por su nombre verdadero de “árbol del fuego” y que de veras ardía en el florecer, no menos que la hoguera. No bautizan con Ifigenia sino con Efigenia, en mis cerros de Elqui. A esto lo llaman disimilación los filólogos, y es operación que hace el pueblo, la mejor criatura verbal que Dios crió, quien avienta el vocablo de pronunciación forzada y pedante, por holgura de la lengua y agrado del oído”. En Oroz (2000, p. 137).





de existir en la antigüedad, a través de una disociación permanente. De ahí que a Bello no le quede más que ser un gran consejero, como ciertamente, aunque con menor intensidad, lo fue también Mistral. Se trata de pedagogos y consejeros del poder y de la gente común. Ambos se dirigen por escrito, ya sea al poder, ya sea a la gente que pareciera no detentarlo. Pero, en tanto reyes, nunca buscan ser ellos mismos el poder, ni retenerlo para sus pasiones personales o sus círculos de hierro.

Estos dos reinados dicen relación con dos formas distintas de comprender el poder. El primero es el de la aristocracia, el liberalismo y la guerra. El segundo, el de la democracia, el socialismo y la paz. Ambos reinados serán destrozados por episodios violentos. El primero, por la guerra civil de 1891; el segundo, por el golpe de Estado de 1973. Para entonces, ambos monarcas estaban muertos.

Hubo entre Bello y Mistral, sin embargo, un lazo, una de esas hebras insignificantes, uno de esos discípulos menores del reinado bellista, señor de provincia, estudioso de sus propios temas (solitarios como los de Bello), y aficionado a la pedagogía: Adolfo Iribarren. Este propietario agrícola, versado en botánica, supo ver el talento —porque es de la definición del talento cazar el talento—, le enseñó sus cultivos de mil flores, y las palabras, los nombres que no deben olvidarse para que una flor no sea una cualquiera. Aunque no tenía fortuna para retribuirlo, la niña descalza fue educada como una reina. Y lo fue.

## UN REY QUE POCO A POCO CONQUISTÓ SU REINO

Bello tuvo detractores, que no fueron pocos. Nos detendremos en este libro sobre ellos, pero por ahora puede adelantarse que ya en Caracas los obtuvo, que en Londres jamás logró afirmarse, y que, en Santiago de Chile, pronto surgieron dos sectores que lo miraron con sospecha. Uno, el de los muy católicos nativos, desconfiados de este desterrado que se había pasado la mitad de su vida en uno de los lugares más despreciables del mundo: Inglaterra, la isla de los herejes y piratas. El otro, más joven, tempranamente vio en Bello a un amigo





de los enemigos, servil al poder establecido, un viejo cultivado, en el fondo, partidario del lado oscuro.

La fama de un Andrés Bello poco decidido, de quien se decía que mantuvo siempre una secreta lealtad a la monarquía, poco a poco se fue afirmando en los corazones americanistas, y así también se afirmaban los halagos. Por ejemplo, en 1881, el poeta y libertador cubano José Martí, comentando una publicación que homenajeara la figura de Andrés Bello, escribió: “Y al elegir, de entre los grandes de América, los fundadores, –le elijo a él”.<sup>3</sup> Martí, aquel revolucionario y apóstol,<sup>4</sup> aquella decidida y decisiva figura imbatible de la acción y la creación, ¿elegía a un ceñudo poeta del desdeñado neoclasicismo de gabinete por sobre figuras ventisosas como Francisco de Miranda, Simón Bolívar o José de San Martín, que eran sinónimas de la grandeza? Podemos entender que un poeta haya —de entre los próceres—, elegido al más poeta de ellos, ¿pero no era además este poeta Bello una figura opaca cuando se trataba de dirimir la antología pura de los referentes de la emancipación americana que en Cuba se había tardado tanto, figura sobre la cual, incluso, pesaban acusaciones gravísimas de secreta adhesión a la causa del enemigo (Martí parece haber estado al tanto)?<sup>5</sup> Rarísimo.

No quedaban aquí los homenajes a Bello. Setenta años más tarde escuchamos decir: “Es Andrés Bello quien comenzó a escribir antes que yo mi *Canto General*”. Quien así hablaba en 1953 era Pablo Neruda, ese Neruda que en ese mismo *Canto General* asaltó a los intelectuales americanos, gritándoles: “no hicisteis nada”,<sup>6</sup> casi una continuación de los ataques a Bello proferidos por Domingo Faustino Sarmiento,<sup>7</sup> que quiso enviarlo al ostracismo. Sin embargo, Bello algo hizo.

3 Martí (1995, pp. 211-2).

4 Con estos conceptos no hago sino ceñirme a los de Ottmar Ette (1995) en su monumental *José Martí, apóstol, poeta, revolucionario: una historia de su recepción*.

5 *Ibidem*.

6 “Los poetas celestes”, en Neruda (2005, p. 204).

7 Como apunta Emir Rodríguez Monegal, Neruda dijo: “Y bien, es Andrés Bello, cuyo ilustre nombre decora esta sala junto al de Sarmiento, quien comenzó a escribir antes que yo mi *Canto General*. Y son muchos los escritores que sintieron primordiales deberes hacia la geografía y la ciudadanía de América”. Rodríguez Monegal (1977, p. 185). Este es el libro que –dirá Neruda en *Confieso que he*







Neruda estaba pensando en esa gran poesía de tintes épicos, virgiliana en cierto sentido, dantesca en otro, un tanto bíblica, que marcó los comienzos literarios de Bello y de la América independiente. Una poesía de grandes espacios luminosos y tormentosos, de exuberancia y agricultura, de frutales y divinidades, considerada por el informadísimo Menéndez y Pelayo —todavía en el siglo XIX— “la obra más importante que en su género posee la literatura americana”,<sup>8</sup> con el agregado que llegará a ser poeta continental: “La ‘Oración por todos’ [escribe el entusiasta bisnieto Joaquín Edwards Bello]<sup>9</sup> la recitan piadosamente millones de almas desde los lejanos y misteriosos montes de Tampico hasta las enmarañadas selvas de Tierra del Fuego”.<sup>10</sup> Emilio Carilla lo considera al lado de los olvidados Heredia y Olmedo, la trinidad de la poesía hispanoamericana decimonónica.

---

vivido—, leía el Che Guevara con cierta exclusividad. “Me halagó lo que me dijo de mi libro *Canto General*. Acostumbraba leerlo por la noche a sus guerrilleros, en la Sierra Maestra. Ahora, ya pasados los años, me estremeczo al pensar que mis versos también le acompañaron en su muerte. Por Régis Debray supe que en las montañas de Bolivia guardó hasta el último momento en su mochila solo dos libros: un texto de aritmética y mi *Canto General*”. Neruda (2005, p. 436). Que, en la cosmovisión de Neruda, Andrés Bello haya sido el primer escritor de su *Canto General* y el Che, un lector preferido, hasta el estremecimiento, es todo un tema de investigación, que no he abordado aquí explícitamente.

- 8 Menéndez y Pelayo citado por Durán Luzio (1999, p. 13).
- 9 El destacadísimo novelista y cronista Joaquín Edwards Bello (1887-1968) era hijo de Joaquín Edwards Garriga y de Ana Luisa Bello Rozas, nieta de Andrés Bello por haber sido hija de Emilio Bello Dunn (1845-1875) y María Luisa Rozas Pinto (ver Vargas Bello 1982, p. 80); era, por lo tanto, primo hermano de otro Edwards, que de Bello no tenía sangre, considerado en el siglo XX enemigo de su propio grupo social, Ismael Edwards Matte (1891-1954), factótum del Frente Popular de Pedro Aguirre Cerda, e hijo de Guillermo Edwards Garriga.
- 10 Edwards Bello (1965, p. 175). Las anécdotas que hablan de la pasión por el Bello poeta están siempre rodeadas de un halo de misterio. Otras son descripciones cuyas fuentes conocemos mejor. Por ejemplo, lo acontecido en uno de sus viajes a Carlos Bello Boyland, hijo de Bello. Desde Londres, a 15 de agosto de 1846, Carlos escribe a su padre las siguientes líneas, que dan cuenta de la admiración que había por el poeta Andrés Bello: “A los pocos días de haber llegado me saludaron los periódicos como hijo de V. y no tardaron los jóvenes de Caracas en visitarme. Diéronme después un banquete en que leyeron algunas estrofas de la *Silva*, que todos saben de memoria. Hubo una mesa espléndida, adornada con símbolos de tierra y versos de V. Recitáronse tres composiciones poéticas en honor de V. por dos jóvenes Camachos y un Lozano. Dieron cien brindis con el mismo objeto. De contestar la prosa me encargué yo en el acto, a V. le cabe el verso que con este objeto le remitiré en otra oportunidad”. *Epistolario* II, en Bello (Vol. XXVI, pp. 135-6). Esta misma carta informa sobre la existencia de un excéntrico, fanático bellista, llamado González, “el literato monstruo”, que coleccionaba todas las huellas de Bello y memorizaba todo cuando aparecía de su ídolo.





Neruda tenía razón. Lo que no sabemos bien es hasta dónde llegaba esa razón, pues más (o menos) que un “canto”, Bello principió una “escritura” general, comenzó a redactar la “Escritura General” de los hispanoamericanos. Es esta quizá la “fundación” a la que apelaba la extravagante, por escandalosa, elección de José Martí: los poetas saben que, en medio de los cataclismos de la historia, es el garabato en la corteza de un árbol de mano anónima aquello que sobrevive, porque narra y perpetúa.

### ¿ARTISTA POLÍGAMO?

Bello fue un artista que apareció en el mundo cuando el artista se transformaba gradualmente en el ser (supuestamente) no legislado. “Yo soy un hombre totalmente ilegal; no poseo sentido ni la necesidad del derecho”,<sup>11</sup> dirá el poeta Novalis, y tiempo después Chesterton: “Un artista es idéntico a un anarquista [...] Si no fuera así, la cosa más poética del mundo sería el ferrocarril metropolitano”.<sup>12</sup> El mismo Bello sugirió que el arte poética no podía equivaler a los rieles del entonces naciente ferrocarril (todavía el futurismo no había vindicado la locomotora), aludiendo con esta metáfora muy propia de la Revolución industrial a las legislaciones poéticas del neoclasicismo del siglo XVIII (“por los ferrocarriles de la poesía griega y latina”).<sup>13</sup>

Bello, por lo tanto, tuvo que ser de otra manera, pues él, antes que artista, antes que funcionario, que pedagogo, que gramático, que sabio, fue un *gramócrata*. Este neologismo griego combina *gramma* (γραμμα) —como en “gramática” (el arte de la escritura)—, con *-kratia* (κρατια) —como en “democracia” (¿el gobierno del pueblo?)—.<sup>14</sup> Según este concepto, *gramócrata*, el mundo no debía ser gobernado por Dios ni sus pastores, ni por los príncipes, ni por los filósofos, ni siquiera por esa generalidad llamada “las leyes”, fueran divinas, humanas o

11 Así lo recuerda Claudio Magris (2008).

12 Chesterton (2001, pp. 12-3).

13 “La Araucana por don Alonso de Ercilla y Zúñiga”, en Bello (Vol. IX, p. 359).

14 En rigor, el neologismo debe ser *gramatócrata* (como “dogmatócrata”), pero para que suene dulce en vez de duro, he preferido *gramócrata*.





de la historia.<sup>15</sup> El mundo debía ser gobernado por la escritura –y no por la “sagrada escritura”–, por los textos producidos por la razón (o sea, por ese estado friolento de la reflexión) y no por la razón misma: por cierto estilo. Pero tampoco debía ser gobernado por la mera escritura, más o menos antojadiza, por la grafomanía, sino que por la realidad normativa convergente que emergía de la escritura en letras de molde: no fue Bello un mero *grafócrata*, un amanuense empoderado, un escritor hiperproductivo, como hubo tantos en el siglo XIX. Para decirlo de forma críptica: Bello incumbe más a la gramatología que a la grafología. “Para poner en orden el mundo como únicamente puede hacerlo la letra impresa”,<sup>16</sup> escribirá George Steiner. Este

- 
- 15 La tesis según la cual operarían algo así como unas “leyes de la historia” ha gobernado buena parte de la historia reciente de Occidente, y aun cuando se proclamó en cierto momento que esa historia legislante llegaba a su fin, lo cierto es que sobrevive, por ejemplo, entre ciertos enfoques evolucionistas. El gran folclorista alemán Johann Gottfried Herder propuso sus ideas sobre la filosofía de la historia (1784-1791), que se parecen no poco a las leyes de la misma, y que en Chile Bello comentó con mucha cautela, refiriéndose a esto incluso en el “Discurso pronunciado en la instalación de la Universidad de Chile” [también citado como: “Discurso de instalación”], cuando dijo: “Yo miro, señores, a Herder como a uno de los escritores que han servido más útilmente a la humanidad: él ha dado toda su dignidad a la historia, desarrollando en ella los designios de la Providencia, y los destinos a que es llamada la especie humana sobre la tierra. Pero el mismo Herder no se propuso suplantar el conocimiento de los hechos, sino ilustrarlos, explicarlos; ni se puede apreciar su doctrina sino por medio de previos estudios históricos. Sustituir a ellos deducciones y fórmulas, sería presentar a la juventud un esqueleto en vez de un traslado vivo del hombre social; sería darle una colección de aforismos en vez de poner a su vista el panorama móvil, instructivo, pintoresco, de las instituciones, de las costumbres, de las revoluciones, de los grandes pueblos y de los grandes hombres; sería quitar al moralista y al político las convicciones profundas que sólo pueden nacer del conocimiento de los hechos; sería quitar a la experiencia del género humano el saludable poderío de sus avisos, en la edad, cabalmente que es más susceptible de impresiones durables; sería quitar al poeta una inagotable mina de imágenes y de colores”. “Discurso pronunciado en la instalación de la Universidad de Chile”, en Bello (Vol. XXI, pp. 18-9).
- 16 Así se refiere a su personaje, un comunista corrector de pruebas de imprenta. Steiner (1993, p. 15). Aquello recuerda a la inscripción del Karl-Marx-Monument: “De su testa no brotaron traslúcidos jazmines, sino letras opacas de hierro y concreto: ¡Proletariados de todos los países, uníos!” o a los versos de Neruda: “La esperanza que rompe en los jardines/ como la flor del árbol esperado,/ la página grabada de fusiles,/ las letras de la luz, Stalingrado”. “Nuevo canto de amor a Stalingrado”, en Neruda (2005, p. 187). Pero, aunque Bello reconoce que la imprenta trabaja con la dureza del material y él mismo operó como corrector tipográfico de la palabra de Dios, la escritura misma prefiere “la fecundidad de la reproducción”. Esto distingue a Egipto de Roma y más todavía la modernidad de lo antiguo. Escribe: “¿Por qué no subieron en ella [la escritura alfabética] los egipcios a la perfección de que sólo distaban un paso? [...] No obran en nosotros los motivos que en ellos; no tenemos pirámides, obeliscos, columnas, cubiertos de esculturas, que un alfabeto simplificado haría ilegibles [...] como nuestra escritura [alfabética]





podría ser el emblema de Bello. Bello fue un personaje más coherente que la media, puesto por las circunstancias en escenarios de contradicción. Desde sus primeros escritos a los últimos, en sus tratados, poemas, artículos y cartas, predomina un mismo ánimo, un enfoque similar, que se va enriqueciendo de experiencias y lecturas pero que no cambia en lo medular. Su escritura es siempre reconocible: desde su historia político-económica de Venezuela hasta las últimas cartas enviadas en su vejez, hay en Bello un mismo espíritu, un viejo espíritu reencarnado una y otra vez, con pertinacia alfabética.

### MITOLOGÍA DE SEXTA CATEGORÍA

Aún vivo, Bello comienza a transformarse en un venerable antepasado, espiritual y carnal, del cual no se predicaban sino virtudes, anécdotas familiares y muchas veces nacionales. Más viejo y luego muerto, los estudiantes de las facultades de Derecho de las universidades de Chile y Católica estudian su *Código Civil* de memoria, algunos leen los *Principios de Derecho Internacional*. Su *Gramática*, que fue tan decisiva como esos *Principios*, y de la cual llegaron a imprimirse más de ochenta ediciones, en cambio, pasa a ocupar espacio entre manuales de buenas costumbres, aunque sí muchas veces se la estudió en los liceos. Sus *Principios de la ortología y métrica* constituyen un enigma —los hermanos Amunátegui, discípulos y primeros recopiladores de sus obras completas, sostenían en 1861 que “tan oportuna instrucción ha difundido en el país”—,<sup>17</sup> <sup>18</sup> su *Cosmografía* apenas se menciona o se cita. En cuanto a sus poesías —que eran memorizadas por muchos americanos— serán poco a poco olvidadas y, cuando sean conocidas, desdeñadas, o, peor,

---

se perpetúa, no por la dureza del material [a diferencia de la egipcia], sino a la manera de especies animadas, por la fecundidad de la reproducción, cada lustro, cada año vería multiplicar las ediciones de los libros elementales y populares, correspondiendo en ellos a los adelantamientos de los otros ramos de literatura los de la primera y más esencial de las artes”. “Bosquejo del origen y progresos del arte de escribir”, en Bello (Vol. XXIII, p. 92).

17 Sarmiento en Gregorio Víctor y Miguel Luis Amunátegui (1861, p. 202).

18 N. del E.: En general, y contra la uniformidad completa del libro, se han mantenido las citas en su versión original. Al mismo tiempo, se han acortado algunos títulos y eliminado algunas referencias con el solo fin de no repetirlos.





se les tendrá un respeto reverencial por cuanto obras raras del juriconsulto de la nación. Su *Filosofía del entendimiento* pasa a mirarse como un compendio de una determinada moda filosófica decimonónica, mezcla de varias tradiciones. En el extremo opuesto, el apologetico Bañados Espinosa sostendrá que la *Filosofía* “descifró problemas que, antes que él, nadie había podido resolver con la luz de la razón y de la lógica”,<sup>19</sup> mientras que, sobre el mismo libro, Diego Barros Arana escribirá, más prudente: “llegó a ser un filósofo original en cuanto es posible serlo después de tantos y tan variados trabajos”.<sup>20</sup>

En general, Bello ha recibido grandes alabanzas. José Martí, a quien he citado, escribió: “colono humilde, maestro de Repúblicas; y de discípulo de adocenados enseñadores, señor y legislador de su majestuosa lengua [...] el más erudito hablista y el más profundo pensador de la tierra en que se hablaba lengua castellana”.<sup>21</sup> En una línea semejante, escribirá el esta vez no tan punzante Joaquín Edwards Bello: “Grande como Licurgo, austero y laborioso como Solón”, y rematará que en España es respetado por todo quien “escribe como mandó Bello”, para luego excederse más allá de todo horizonte conocido: “Según el juicio de los eruditos, Bello sobrepasó en las traducciones a Horacio, a Virgilio y a Hugo”.<sup>22</sup> Extasiado, Miguel Luis Amunátegui abre su *Vida de don Andrés Bello* citando las palabras del poeta español Manuel Cañete: “[Bello fue el] Príncipe de los poetas i escritores del Nuevo Mundo”.<sup>23</sup> En sus textos dice el metalúrgico radical Ángel Gallo que “es tan profundo en el fondo como manso y cristalino en la superficie”.<sup>24</sup>

Escritos de este tono anegan bibliotecas que, como dice Charles Bukowski, “bostezan”. Fuera de ellas, en los espacios que alcanza la vista del paisaje, La Dehesa de la Villa, en Madrid, proclama: “[Andrés Bello] fue el salvador de la integridad del castellano en América”.<sup>25</sup>

---

19 Bañados Espinosa (1966, p. 106).

20 Barros Arana (1966, p. 61).

21 Martí (1995, pp. 212-3).

22 Edwards Bello (1965, pp. 175-6).

23 Miguel Luis Amunátegui (1882, p. 10).

24 Gallo citado por Scarpa (1970, p. 6).

25 Citado en Barnola (1980, p. 35). Obviamente, la frase se debe a Menéndez y Pelayo.





Mezcla de verdades y exageraciones, la figura de Bello alimentó muchos mitos, algunos de los cuales son derechamente frivolidades. Por ejemplo, que habría sido una especie de Adonis, incluso próximo a la muerte. Se cuenta que, llegado recién a Chile, entre sofocada y compesta, la directora de un colegio de señoritas desistió de contratarlo por hallarlo demasiado buen mozo;<sup>26</sup> o que un tal escritor apellidado Mannequin, en 1864, un año antes del deceso de Bello, habría exclamado: “no he visto nunca cabeza más bella”.<sup>27</sup>

Lo dicho no significa que en este trabajo no me haya servido de los mitos y conjeturas en torno a Bello. Es más, en cierta parte, el mío también es una conjetura que intenta estar documentada. La conjetura ha servido a los fines de investigaciones sobre Bello, las que se instalan en el límite entre realidad y ficción.

El verso del joven Bello en su obra teatral “Venezuela consolada” (“Siglos futuros, yo los llamo”), invita a conjeturar que pensó y sintió poderosamente, pero tal vez no de la manera en que se pensará y sentirá en el porvenir de ese espacio por entonces llamado Hispanoamérica.<sup>28</sup>

## EN EL BANQUILLO DE LOS ACUSADOS

Por mucho tiempo —se decía— la historia fue narración de los vencedores, de los dominadores, los explotadores, los victimarios. Una historia de quienes no lo fueran parecía un oxímoron. Pero la historia de los perdedores, de los derrotados, de los dominados, de los explotados y de las víctimas, consiguió espacio, adeptos y develó esos fondos, antes sumergidos, que retienen para sí la intriga de la verdad incómoda.

Con ello, la historia de sus acusaciones, sus ajustes de cuentas, sus grandes justicias, ha hecho necesario instalar un banquillo por el que pasen uno a uno los acusados ante los acusadores. No basta ya

---

26 Vargas Bello (1982, p. 17). La información es de Miguel Luis Amunátegui Reyes.

27 *Ibid.*, p. 12.

28 Aunque el término “Hispanoamérica” ha caído en desuso, lo empleamos —ahora y en adelante— para no apartarnos de los límites gramático-políticos trazados por Andrés Bello, no por purismo, sino que a fin de seguir muy de cerca los razonamientos del mismo Bello, que es condición necesaria, aunque no suficiente, a los objetivos del presente libro.





con esa justicia grupal, de tribus, clanes, clases sociales, ese derecho germánico de la *Sippe*, esto es, con los enjuiciamientos al montón. Cuenta la leyenda ampliamente difundida que la Inquisición —un tribunal más próximo a ese uno por uno— surgió con un escándalo: aquel desatado por quien dijo a las puertas de Beziers (la ciudad de los herejes albigenses): “Matadlos a todos que luego Dios los reconocerá en el cielo”, pasando a cuchillo a católicos devotos y a herejes por igual. Por eso, la siniestra Inquisición, en sus momentos de mayor celo, prefería interrogar a los sospechosos uno por uno o de a grupos no muy numerosos. El Derecho moderno no se ha apartado de este logro del oscuro medioevo, pero progresivamente ha ido evitando la crueldad de las sanciones, y ha dejado en la mayoría de los casos atrás la tortura con la que la Inquisición arrancaba “confesiones” a sus inquiridos.

Por otra parte, la distinción entre buenos y malos, civilizados y bárbaros, o entre fieles e infieles, ortodoxos y heterodoxos, creyentes y ateos, progresistas y conservadores, parciales y totalitarios, hombres y mujeres, no hace sino confundir las lecturas de la realidad. Porque, sin apartarnos de esa supuesta realidad última, esta distinción tan común es casi siempre incapaz de identificar, en principio, al malo camuflado entre los buenos y al bueno cautivo entre los malos. Ir de persona en persona, y todavía más, en cada persona ir de tiempo en tiempo, de día en día, se parece más a la justicia, que acaso sea ineludible para la historia que aspira a ser leída. A la hora no de los hechos tipificados, sino del resumen de una vida humana, no son suficientes los meros hechos puntuales como tampoco los hechos colectivos en que aquellos se enmarcan.

En posiciones subalternas, Andrés Bello perteneció al grupo de los poderosos, de los dominadores y, como tantos de ellos, participó de este grupo con distancia, a veces con una mueca de protesta. Él mismo sufrió su prepotencia episódica. Bello, hay que decirlo, no fue un verdugo. En principio, la mejor muestra de que no lo fue es toda su escritura. El verdugo, dice Svetlana Aleksíevich, no deja este tipo de huella, pues el verdugo no habla.<sup>29</sup>

---

29 Aleksíevich (2015, p. 375).





La revisión (la “relación de méritos”, como se decía en el Siglo de Oro) de un “personaje” parte de la base que aquel no es subsumible en los intereses de su clase sino que, por así decirlo, su perfil excede siempre a esa familia.<sup>30</sup> En el caso de Bello, su peculiaridad social sobresale en compañía de las costumbres de la familia Bello Dunn,<sup>31</sup> las que chocan apenas pisa tierra chilena.

30 Una de las menciones que Gabriel Salazar hizo de Bello en *Mercaderes, empresarios y capitalistas*, lo presenta como un “conservador y pelucón” que participó junto con los Lastarria, Barros Arana y Sarmiento de una corriente antihispanoamericana y entreguista a intereses económicos extranjeros, en oposición a Vicuña, sistematizador del “pensamiento económico, social y político de los derrotados en 1830”. Salazar (2011, p. 413). Este Andrés Bello simplista ha sido producido tanto por lecturas como la de Salazar como la de sus admiradores, que casi siempre han buscado en Bello a un predecesor vago de un conservadurismo inexpugnable. Entre las páginas de Bello hay cientos de pasajes donde se revela el fondo complejo, fuertemente individual, de sus obras, que suelen estar filtradas por una tonalidad pareja muy propia de Bello. Por ejemplo, hay una carta de Andrés Bello a Manuel Ancízar, fechada en Valparaíso (donde se encontraba de vacaciones), el 13 de febrero de 1854, en que narra su experiencia con unas tejedoras y el mundo hostil que, cree, se les avecina: “He tenido un excelente compañero en Alpha, cuya peregrinación me ha divertido mucho; me ha encantado. De propósito le había dejado fuera del susodicho baúl; me acompañó en el birlocho; fue mi solaz en la calurosa siesta de Curacaví y no he leído ninguna otra cosa en Valparaíso, a lo menos impresa, excepto *I misteri di Torino*, del que no he podido llegar a la mitad. Es indecible el placer con que he recorrido en compañía de Alpha esos bosques perfumados que me recuerdan tan vivamente los que yo solía atravesar en mi juventud. Alpha ha satisfecho el hambre que tenía de descripciones pintorescas de nuestras escenas tropicales, de nuestros valles y laderas tan variadamente decoradas, de nuestros ríos, de nuestros pueblecitos, de nuestros ranchos. Hasta esas *monstruosidades de bulto* que V. describe con tanta fidelidad en las iglesias de campo (porque en esta parte andan a la par Nueva Granada y Venezuela), he renovado antiguos conocimientos, y he sentido despertarse deliciosas asociaciones. Me dolía a veces de que V. las tratase con tanto rigor.

Aquel pueblecito (no recuerdo su nombre) de jóvenes y graciosas tejedoras, me ha parecido encantador. Las poblaciones de esa especie es una facción que falta a la fisonomía de Venezuela, y que faltará también dentro de poco a la Nueva Granada. Tanto mejor dirá V. tendremos manufacturas en que multiplicarán, que centuplicarán los productos, y en la misma proporción los abaratarán. Pero en ese rápido incremento industrial va envuelta una gran porción de miseria. En lugar de tejedoras independientes que trabajan *chacun pour soi*, tendremos cierto número de fábricas a grande escala, que los reducirán a la mendicidad, o a recibir de un capitalista casi siempre extranjero un escaso salario. El país ganará; pero ¿qué es el país, abstraído de sus habitantes? Yo me figuro convertidas en humildes obreras o en otra cosa peor esas honradas tejedorcitas, orgullosas a justo título con el sentimiento de una verdadera independencia en el seno de sus modestos hogares; y mis teorías económicas vacilan ¿Ha leído V. un delicioso poemita de Goldsmith *The Deserted Village*? La peregrinación de Alpha me lo ha hecho recordar muchas veces”. *Epistolario II*, en Bello (Vol. XXVI, pp. 295-6). Lo que queda por precisar es cómo fue que el sentimiento del viejo Bello respecto de la producción, el trabajo y el capital —que cautelosamente llamó de socialismo romántico— cayó en saco roto.

31 La familia Bello Dunn en Chile estuvo constituida por los Bello Boyland, es decir, los hijos de su primer matrimonio con la misteriosa Mary Ann Boyland (1794-1821)







El profesor Luis Bocaz —autor de una notable biografía cultural de Andrés Bello— ha recordado que “cuando la familia Bello habita su segundo domicilio en la calle Santo Domingo, testigos de la época veían a doña Isabel lavando la ropa de sus hijos en el patio del fondo de la casa”.<sup>32</sup> Mucho antes que el profesor Bocaz, en una breve biografía —que el vicepresidente de la república de Chile en 1915 Luis Barros Borgoño estimó digna de ser publicada—, su autora, la señorita Ana Luisa Prats Bello, nieta de Bello,<sup>33</sup> contaba que su abuela, Isabel Dunn, reprendía con dureza a Bello por desordenado en la casa, por perder el poco dinero que podía enviar a sus parientes venezolanos,<sup>34</sup>

---

y los Bello Dunn, esto es, los hijos con Elizabeth A. Dunn (1824-1865, también conocida como Isabel Dunn). De sus primeras nupcias sus hijos fueron tres: 1. Carlos Bello Boyland (1815-1854), 2. Francisco Bello Boyland (1817-1845) y 3. Juan Pablo Bello Boyland (1820-1821); y de su segundas nupcias: 4. Juan Bello Dunn (1825-1860), de quien fueron nietas la escultora Rebeca Matte Bello y la escritora Inés Echeverría Bello; 5. Andrés Ricardo Bello Dunn (1826-1889), de quien fue hijo Emilio Bello Codesido; 6. José Miguel Bello Dunn (1829-1830), 7. Ana Bello Dunn (1828-1851); 8. Luisa Bello Dunn (1831-1862); 9. María Ascensión Bello Dunn (1832-1850); 10. Dolores Bello Dunn (1835-1875); 11. Manuel Bello Dunn (1835-1875); 12. Josefina Bello Dunn (1837-1911); 13. Eduardo Bello Dunn (1845-1875); 14. Emilio Bello Dunn (1845-1875), y otra vez 15. Francisco, pero Bello Dunn (1846-1887), con lo que Bello vio morir durante su vida a 8 de sus 15 hijos. Ver Vargas Bello (1982, pp. 78-80).

32 Bocaz (2000, p. 155).

33 Ana Luisa Prats Bello fue hija de Josefina Bello Dunn —la única que alcanzó a vivir en el siglo XX— y de Belisario Prats Pérez. Ver Vargas Bello (1982, p. 80).

34 Así lo prueba la correspondencia. En una carta de Andrés Bello a Carlos Bello López, su hermano, le señala que ha enviado 105 libras a Ana López o sus herederos (su familia en Venezuela), suma equivalente a los 500 pesos que enviaba periódicamente. *Epistolario* II, en Bello (Vol. XXVI, pp. 280-1); como también otra carta al mismo Carlos Bello López, fechada en Santiago, 14 de diciembre de 1853, en que le manifiesta su preocupación por la recepción del dinero en Caracas, *ibid.*, p. 286. Estos envíos de Andrés Bello ocurrían a pesar de que Carlos Bello López era más rico, pero no muy dado a relacionarse con su familia. La carta de Carlos Bello Boyland a su padre, informando desde Caracas las estrecheces de Antonia López, la madre de Andrés Bello, es iluminadora a este respecto. Carlos Bello Boyland escribe, el 6 de junio de 1846: “Al siguiente día, vino del campo mi tío Carlos, del Valle de Abajo, a dos leguas de Caracas, y donde reside habitualmente. Está más aquejado de la edad que V., misántropo y no muy liberal. A V. puedo decirle esto. Posee una fortuna de 50.000\$ y una buena casa, que no habita. No obstante, ha cortado toda la relación con los habitantes de Caracas y aún llora pobreza. Estas son confianzas de mi abuela, dichas sin quejarse de su hijo de quien lo único que exige es que se deje ver de cuando en cuando. Yo por mi parte, le he merecido cariño; pero me duele su poco amor por las viejecitas y las estrecheces innecesarias en que vive mi abuela [...] La libranza de quinientos duros que V. remitió a mi abuela, pasó íntegra a manos de aquella”, *ibid.*, p. 131.





por su falta de economía generalizada.<sup>35</sup> En rigurosa teoría, hasta en la mismísima “década triunfal”<sup>36</sup> de su vida, a Bello debió de considerársele un hombre pobre, si nos atenemos a su definición de “pobre”, estipulada al pasar por el número 7 del artículo 514 de su *Código Civil*: “los pobres [son los] que están precisados a vivir de su trabajo personal diario”. Bello es uno de los cultores del trabajo riguroso, como la escritora romántica Madame de Staël cuyas lecciones de *homo faber* traduce en páginas de *El Araucano*.<sup>37</sup> Es más, el trabajo “burgués” mantiene a Bello sin vacaciones. Cuando por fin se decide a tenerlas, resultan en un ocio comedido y precario;<sup>38</sup> recomienda la austeridad a sus familiares, pero no escatima en eso que los ignorantes llaman “bienes culturales”.<sup>39</sup> La familia Bello es una de burgueses atípicos,

35 Prats Bello (1971, pp. 222-3).

36 Según Iván Jaksic la de 1840-1850, por ser la del gran momento de Bello en Chile. Ver Jaksic (2001, pp. 225 y ss).

37 Dice la traducción que Bello hacía de Madame de Staël: “La educación que se hace entreteniéndolo al niño, disipa el pensamiento: el trabajo es uno de los grandes secretos de la naturaleza: el entendimiento debe acostumbrarse a los esfuerzos del estudio, como el corazón al dolor”. Ver “Educación”, *El Araucano*, 13 de agosto de 1831.

38 Bello es de placeres humildes. Sus vacaciones son casi frugales. En una carta a Juan María Gutiérrez, avocindado por entonces en Valparaíso, carta que está fechada en Santiago, a 9 de enero de 1846 [Bello era entonces senador y rector, además de funcionario de Hacienda y Relaciones Exteriores], pide: “[...] Ahora voy a tomar con V. una confianza a que me alienta su bondad. Pienso en ir a Valparaíso con toda mi familia, para residir ahí solamente 15 días. Buscar casa y nombrarla por tan poco tiempo sería sumamente embarazoso. Me ha ocurrido la idea de ir a una fonda, respetable, y para decidirme quería formar alguna idea del costo. Necesitamos una pieza con dos camas; otra con tres; otras dos para niños y criadas; supliendo nosotros los colchones que falten, con la ropa de cama necesaria, en estas dos piezas. Almuerzo, comida y té; todo en mesa separada. ¿Pudiera V. informarse de lo que cargarían por esto? Se trata de 15 días a los menos, pero que ciertamente no pasarían de veinte; y se puede hacer el contrato por día, que sería lo mejor para evitar disputas. Sé que esto me costará mucho más; pero me dará mucho menos embarazo, que el proporcionarme una casa capaz con los muebles, ajuar de cocina, servidumbre y atenciones diarias y minucias que requiere una numerosa familia; y todo eso en un pueblo que conozco poco y en que no tengo conexiones.

¿Me perdonará V. esta confianza? Creo conocerle bastante para prometérmelo. Mande V. a su apasionado amigo y servidos. A. Bello”. *Epistolario II*, en Bello (Vol. XXVI, pp. 115-6).

39 Así, escribe a su hijo Carlos Bello Boyland, quien se encontraba con su familia en París, recomendándole austeridad: “[...] Sé que el artículo de alojamiento es bastante caro en París, y no extraño las dificultades que a este respecto has experimentado. Supongo que tendrás bastante juicio para vivir modestamente y que no te dejarás deslumbrar por el lujo que suelen ostentar los chilenos en esa seductora corte. Lo que sí me parece bien es que no sacrifiques a una mal enten-





medio ingleses, hijos del frío, que casi no conocieron el trópico del que emergió el padre.<sup>40</sup> No se ajustan del todo a la caricatura de la “división del trabajo”, como se ve en estos relatos que conocemos gracias a la chismografía. El desorden financiero puede ser señal de un “pecho organizado” —como escribió en su “Venezuela consolada”—, porque el excesivo orden externo habla de desorden interno, o señal de una más antigua procedencia criolla. La quintaesencia del burgués, el Monsieur Grandet de Balzac, en cambio, no conoce el desorden financiero. Por lo demás —y esto es más que anecdótico—, Bello se burlaba del trato de “don” que se le prodigaba: para él, nada peor que el “don Andrés Bello”.<sup>41</sup>

Visto así, puede aquí sacarse a relucir algo que Bello escribió sobre uno de los clásicos escritores de la antigüedad: Ovidio. Dijo que había que tomárselo a pecho en todas y cada una de sus partes y sus ánimos, a riesgo que pareciera poco serio, incongruente, fantástico: “Mas, para juzgarle, es preciso verle entero. Considerarle ahora como elegíaco, después como épico, en una parte como dramático, en otra como didáctico, sería dividir ese gran cuerpo en fragmentos que, contemplados aisladamente, no podrían darnos idea de las

---

dida economía la educación de tus preciosas niñitas, a quienes darás mil abrazos. No puedo olvidarlas un momento, y me consterna la idea de que probablemente no volveré a verlas más”. La carta está fechada en Santiago, a 13 de noviembre de 1847, *ibid.*, p. 160.

40 “[...] la grata impresión que me causó vegetación tropical tan lujosa como variada”, escribirá Carlos Bello Boyland a su padre, cuando viaja a conocer a sus parientes venezolanos (6 de junio de 1846), *ibid.*, p. 130. Años más tarde, de vuelta en el trópico, le escribirá desde Guayaquil, el 19 de septiembre de 1852: “[...] El río Guayas es lindísimo; pero el pueblo que duerme a sus orillas es bien fastidioso por su temperamento, sus mosquitos, alacranes, etc. Nada me pesará volver a Lima. Dicen aquí, que esta es la buena estación, que ahora no hace calor, imagínese V. que el termómetro marca 86 grados [°F]: tienen valor para llamar esta estación el invierno”, *ibid.*, p. 251.

41 En carta a Manuel Ancízar, fechada en Santiago, a 11 de octubre de 1856, Bello escribe: “Señor Don Manuel Ancízar.

“Mi muy estimado amigo:

Por inadvertencia he puesto *don*, sin recordar que es una cosa de mal olor y ofensiva *piarum currium* en Bogotá. ¿No sería conveniente suprimir también el *señor*, que significa lo mismo, y más descaradamente, que *don*?”, *ibid.*, p. 337; y después, el 12 de junio de 1857: “Así que, amigo mío, lo que debiéramos hacer como republicanos ortodoxos es imitar a los Cuáqueros tratando a todo el mundo de tú, y dejando los *señoríos* y las *excelencias* mercedes a los que tienen la desgracia de vivir en tinieblas”, *ibid.*, pp. 363-4.





dimensiones y el verdadero carácter del todo”.<sup>42</sup> Lo mismo que Bello decía de Ovidio cuando lo juzgaba, podemos decir aquí de Bello. Hacerlo pasar al banquillo solo, sin compañías grupales, sin etiquetas generales, ha sido el deber de este trabajo. Si, como dice Schiller, “la historia universal es el juicio final”, esta es una historia particular, ni siquiera biográfica, que más que un juicio definitivo quiere contribuir a señalar los prejuicios que han ocultado la figura de Bello, una primera instancia, nada de juicio final ni historia universal. Como un inquisidor piadoso.

### MADE IN CHILE

Por 1881, Julio Bañados Espinosa decía sobre Bello: “El artista no posee otra patria que aquella que prestó alas a su inteligencia [...], a Chile corresponde esculpir su imagen en mármol”.<sup>43</sup> Muy tempranamente, Chile se apropió de Bello, un americano en el sentido más estricto del término: lo transformó en una figura nacional cuando su inspiración había sido continental. En lo que la apropiación de los chilenos sí tenía un punto, era en el hecho que Bello vino a desplegarse en Chile. De haber quedado atrapado en Londres, quizás su nombre se hubiese extinguido en los afanes de la historia anónima. Hay personajes que se desenvuelven desde un principio (Mozart, Schiller, Bolívar), pero otros que son más bien retrospectivos, que refulgen en la época de su madurez y dan desde esa trastienda más sentido a épocas primeras (Goethe, Kant, Verdi). Bello pertenece a este segundo grupo, por eso —tal como tendían a decirlo Sófocles, Solón o Aristóteles— hay que observarlo a partir de su vejez, casi a partir de su muerte; a partir de Chile, en su caso. Recordemos, como anécdota, que el nombre de Bello ni siquiera figuró en los registros de ingreso a Inglaterra. En efecto, el nombre del tímido secretario de la delegación no fue anotado. El ingreso de Bello a Chile, en cambio, consta en el periódico *La Clave*, aunque con otro nombre: “Andrés Bells” (sic).

---

42 “Historia de la literatura, tercera parte”, en Bello (Vol. IX, p. 139).

43 Bañados Espinosa (1966, p. 104).





Ángel Gallo y Joaquín Edwards Bello, contra la chilenización de Bello, hicieron ver que a él y a su familia no se les prodigó una alta consideración de buenas a primeras:

Fue durante muchos años objeto de odio y de execración, blanco de invectivas, víctima inocente de la ignorancia estólida. El filósofo y el maestro era apostrofado con los epítetos de extranjero y de hereje. Su esposa y sus hijos eran apostrofados con los mismos ultrajantes motes. El aula estuvo desierta de alumnos. El sueldo no se le pagaba puntualmente.<sup>44</sup>

“Caracas [escribió el civilista Pedro Lira Urquieta] ostenta el más alto abolengo de haber visto nacer a Miranda, a Bolívar, a Bello, al precursor, al libertador y al educador”.<sup>45</sup> Y en esto es exacto, porque los vio “nacer”. Tanto Miranda como Bolívar se desplegaron históricamente mucho antes que Bello, cuando todavía este era un completo desconocido. Su papel tuvo que venir más tarde, cuando la guerra se dio por vencida, temporalmente. Mientras el “superhombre de la tierra caraqueña” que era Francisco de Miranda,<sup>46</sup> se convirtió en un personaje europeo, del brazo de Catalina “la grande” y de Napoleón, Bello en la gran sociedad europea, no fue más que un don nadie que tuvo que volver a buscar la gloria en casa.

Tan americano como chileno, el personaje de Bello puede ser considerado además una alegoría transatlántica. Su viaje de Caracas a Londres comenzará como una urgencia geopolítica, devendrá en solitarios estudios y trabajos mal remunerados, hambre, humillaciones, muertes en su casa pobre; terminará casi fugándose del campo gravitacional de Bolívar. Al pasar a Chile, querrá transformarlo en su propia Weimar de la vejez, donde se ocupará de tantos ítems temporales y espirituales con esa fineza de ventrílocuo que no supo tener en el Paraguay un

---

44 Gallo citado por Scarpa (1970, p. 6).

45 Lira Urquieta (1948, p. 7).

46 Edwards Bello (1970, p. 24); y agrega que su mano “tiembla” al escribir sobre Miranda, a quien describe como “muy criollo, muy español, con algo de Quijote, de Don Juan y de Gil Blas”, *ibid.*, p. 23.





doctor Francia y que le acarreó un legado de desacatos, de tal suerte que Bello podría haber dicho a su hija, como el Próspero de Shakespeare a Miranda: “Por una negra traición nos hallamos aquí, pero una felicidad nos condujo”.<sup>47</sup> A pesar de sus tres ciudades (Caracas, Londres, Santiago), Bello fue hombre de pocos movimientos. Se quedó, como decía el soneto de Lope de Vega, con “los pies clavados”<sup>48</sup> a los dos lugares a que en su vida arribó, desde los cuales sus movimientos fueron escasísimos. En suma, y para volver a José Martí, el arco de la vida de Bello va de “Caracas, que meció la cuna y engalanó la fantasía del poeta, [...] a Chile, que le dio premio y sepulcro”.<sup>49</sup> Londres es el salto al vacío que, por las adquisiciones espirituales que logró, obedece mejor al dibujo de un arco. No es del todo ridículo que los chilenos se atribuyan la paternidad de Bello, pues en rigor nadie hubiese sabido de su existencia si no hubiese venido a morir a Chile, o sea, a nacer en el fin del mundo.

## LOS TRES EJES DE LECTURA

Este libro propone entender la figura de Bello más allá de conceptos que le han sido asociados, entre los cuales el de “orden” resulta principal. Bello será un ejemplar latinoamericano de un “gramócrata”,<sup>50</sup> concepto que he acuñado para su caso y que cumple con abreviar una serie de elementos que circulan por este trabajo.

Esos elementos son tres: el de la libertad, el imperio y el estilo, que son una manera de decir: soltura, firmeza y flexibilidad. Es

---

47 *The Tempest*, Act. 1, Esc. 2 de William Shakespeare, cuando recuerda la salida desde Milán con destino al Nuevo Mundo.

48 Lope de Vega (1958, p. 159).

49 Martí (1995, p. 212).

50 Que, siguiendo los preceptos de Bello, sería una palabra esdrújula, acentuada en su segunda *a*: “Las observaciones precedentes relativas a los vocablos derivados de la lengua griega nos dan casi siempre los medios de resolver las dudas que puedan ofrecerse por la variedad del uso o la novedad de la voz. Si ésta se halla comprendida en alguna de las terminaciones en que se han establecido por la práctica general reglas ciertas, deberemos acentuarla conforme a ellas. Por ejemplo, ¿dudamos cómo haya de acentuarse la voz nueva *estrato*cracia, que significa la forma de gobierno en que manda el ejército? Por la regla de los compuestos análogos, *democr*acia, *aristocr*acia, haremos aguda la sílaba *cra*”. “Ortología. *De los acentos*. § V. Influencia del origen de las palabras en la posición del acento”, en Bello (Vol. VI, pp. 81-2).

